

Las aventuras de Huckleberry Finn

Versión de Nicolás Schuff

ILUSTRACIONES
DE ANDRÉS ALVEZ

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Ilustraciones: Andrés Alvez
Diagramación: Karina Dominguez
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez



Twain, Mark
Las aventuras de Huckleberry Finn / Mark Twain ; adaptado por Nicolás Schuff ; ilustrado por Andrés Alvez. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2016.
160 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Naranja ; 62)

ISBN 978-950-01-1868-2

1. Narrativa Infantil Estadounidense. 2. Novela. I. Schuff, Nicolás, adap. II. Andrés Alvez, ilus. III. Título.
CDD 813.9282



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

62

© Editorial Estrada S. A., 2016
Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.editorialestrada.com.ar
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.
ISBN 978-950-01-1868-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



MARK TWAIN es el seudónimo del escritor Samuel Langhorne Clemens, nacido el 30 de noviembre de 1835 en Misuri, Estados Unidos. Su infancia transcurrió en un poblado sobre el río Misisipi. De niño vagabundeaba por la orilla de este río y

al ver el movimiento de los barcos de vapor, soñaba con embarcarse algún día. A los doce años, al morir su padre, debió incorporarse a la vida laboral, fue aprendiz en una imprenta y a este se sucedieron otros trabajos: minero, piloto navegante en el Misisipi (por un tiempo breve, puesto que pronto estalló la Guerra de Secesión, en 1861, y restringió el tránsito por el río), buscador de pieles.

A los veintisiete años, comenzó a escribir artículos periodísticos, firmados con el nombre de Mark Twain. La expresión adoptada “mark twain” era típica de los cantos de trabajo de los negros en los barcos del río Misisipi y significa “marca dos”, en referencia a dos brazas (3,6 m), el calado mínimo necesario para que una navegación sea segura.

En 1870 se casó y poco tiempo después comenzó a publicar las novelas que lo hicieron célebre. Entre ellas se destacan: *Príncipe y mendigo*, *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

Las obras de Mark Twain se caracterizan por su sentido del hu-

mor, que las convierte en una lectura apasionante. Sus personajes infantiles, famosos por sus travesuras, están presentados con una honestidad y una ternura incomparables.

En 1909 Twain dijo: “Vine al mundo con el cometa Halley en 1835. Vuelve de nuevo el próximo año, y espero marcharme con él. Será la mayor desilusión de mi vida si no me voy con el cometa Halley. El Todopoderoso ha dicho, sin duda: ‘Ahora están aquí estos dos fenómenos inexplicables; vinieron juntos, juntos deben partir’. ¡Ah! Lo espero con impaciencia”. Su predicción se cumplió: Mark Twain murió el 21 de abril de 1910, a los 74 años de edad, y el día anterior había sido el perihelio del cometa.

BIO-
GRAFÍA



El autor de esta versión

NICOLÁS SCHUFF nació en 1973. Se dedica a escribir libros para chicos. Le gusta viajar, escuchar música, conversar con amigos y caminar de noche. También escribió artículos para diarios y revistas.

En esta misma colección, publicó *Historias de la Guerra de Troya*, *Aventureros y enamorados*, *Monstruos argentinos*, *Los animales originales* y *Las aventuras de Tom Sawyer*.

Su blog se llama “El puchero misterioso”.

Una novela fundacional

Hoy en día la novela más famosa de Mark Twain es *Las aventuras de Tom Sawyer*. Sin embargo, cuando este libro se publicó en 1876 la recepción y difusión fueron discretas.

Siete años más tarde Twain terminó de escribir *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Este libro se publicó en Estados Unidos en 1885 y en cuanto llegó a manos de las señoras que se ocupaban de inculcar la moral y las buenas costumbres, generó un escándalo; al punto que el comité de lectura de una biblioteca de Massachusetts lo retiró de sus estanterías por considerarlo indecente y carente de buen gusto. Pero, como suele suceder en estos casos, esta publicidad le dio al libro difusión y ventas, y lo catapultó al éxito. Y fue también este éxito lo que disparó a la fama a Tom Sawyer, quien hoy es probablemente mucho más conocido que Huckleberry Finn.

¿Por qué estas señoras veían tan mal lo que se contaba en *Las aventuras de Huckleberry Finn*? Lo que sucede es que los niños que Mark Twain creó para protagonizar sus novelas no eran los infantes típicos de los libros de ese momento. Twain sabía que los textos de la época, sobre todo los religiosos, no se ajustaban a lo que había conocido en su infancia en su pueblo: una moral familiar que contrastaba con la libertad que los niños tenían en los pueblos orilleros del Misisipi. Y como esto le interesaba, creó

personajes infantiles que se portaran como verdaderos niños y vivieran en un mundo propio y ajeno al de los adultos.

Escritores como William Faulkner y Ernest Hemingway vieron a Twain como el fundador de la ficción estadounidense. Y entre sus novelas, destacan *Las aventuras de Huckleberry Finn* como su gran obra.

Las aventuras de Huckleberry Finn

Versión de Nicolás Schuff

No creo que sepan nada de mí si no leyeron *Las aventuras de Tom Sawyer*. Ese libro lo escribió el señor Mark Twain. Exageró algunas cosas, pero casi todo lo que cuenta es cierto.

El libro termina así: Tom y yo encontramos el dinero que los ladrones escondieron en la cueva y nos hicimos ricos. Nos tocaron seis mil dólares a cada uno. Era increíble ver toda esa plata junta. El juez Thatcher la puso en el banco y nos daba un dólar por día, que es mucho más de lo que uno puede gastar.

La viuda Douglas me adoptó y se le ocurrió que debía civilizarme. Para mí era difícil, porque ella tenía unas costumbres terriblemente ordenadas. Además vivía con su hermana, la señorita Watson, una flacucha con anteojitos empujados en enseñarme a leer. Me hacía trabajar un montón y se la pasaba diciendo “Siéntate derecho, Huckleberry”, “No bosteces así, Huckleberry”.

Una tarde, la señorita Watson no paraba de retarme y yo empecé a sentirme cansado y solo. Esa noche subí a mi

pieza con una vela y traté de pensar en algo alegre, pero no pude. Desde el bosque llegaba ese gemido que hacen los fantasmas cuando andan lejos de sus tumbas. Me sentía muy triste y lo que más quería en el mundo era alguien que me hiciera compañía.

Cuando el reloj del pueblo dio doce campanadas, oí quebrarse una ramita afuera y escuché un “imiau! imiau!” muy especial. ¡Genial! Apagué la vela y salí por la ventana. Bajé por el alero, salté al suelo y ahí me esperaba Tom Sawyer.

Sin decir una palabra empezamos a caminar, pero al pasar junto a la ventana de la cocina me tropecé e hice ruido. Nos tiramos al suelo enseguida y nos quedamos quietísimos. Apareció el negro de la señorita Watson, que se llamaba Jim. Salió a la puerta de la cocina.

—¿Quién anda ahí? —gritó hacia la oscuridad.

Avanzó y se paró justito delante de nosotros. A mí me empezó a picar como loco la espalda, justo entre los hombros. Creí que me moría si no me rascaba, pero no me animaba a mover un músculo.

—¡Que me lleve el diablo si no escuché algo! —dijo Jim—. Yo me quedo acá a ver si lo vuelvo a oír.

Se sentó en el suelo, estiró las piernas y casi me pateó. En ese momento empezó a picarme la nariz como nunca

jamás en la vida. La tortura duró unos minutos, pero a mí me parecieron horas. Entonces Jim empezó a roncar y por fin pude rascarme.

Nos alejamos gateando, cruzamos la cerca y subimos el cerro. Cuando llegamos a la cima miramos el pueblo. Vimos tres o cuatro luces que parpadeaban, y también las hermosas estrellas que brillaban en el cielo. El río corría quieto y grandioso.

Llegaron Joe Harper, Ben Rogers y dos o tres chicos más. Bajamos al río, desatamos un bote y remamos hasta el gran peñasco.

Tom nos guió hasta la entrada de una cueva. Encendimos velas y anduvimos por un túnel que terminaba en una especie de sala húmeda y fría. Nos quedamos ahí un buen rato, organizando la banda.

Después, cada uno volvió a su casa. Yo trepé hasta mi ventana, justo cuando empezaba a amanecer. Mi ropa nueva estaba toda sucia y embarrada, y al día siguiente tuve que aguantar unos buenos retos de la señorita Watson. Pero la viuda no me retó... Parecía tan triste por mi conducta que decidí tratar de portarme bien por un tiempo.

Después de un mes renuncié a la banda. Lo único que hacíamos era salir del bosque y asustar a los chicos más chicos, a los cuidadores de chanchos y a las mujeres que volvían del mercado con verdura. Yo no le veía la gracia.

Tom Sawyer llamaba “lingotes” a los cerdos, y “joyas” a los rabanitos, y nos íbamos a la cueva y hablábamos de todo eso. Pero para mí los cerdos seguían siendo cerdos, y las verduras, verduras. Se lo dije a Tom Sawyer. Él dijo que todo era un encantamiento. Que los rabanitos eran piedras preciosas, pero que yo no me daba cuenta porque teníamos enemigos que se llamaban “magos”, y que los magos convertían las cosas para confundirnos. Entonces propuse que atrapáramos a esos magos. Tom dijo que yo era un tonto.

—¿No te das cuenta de que los magos llamarían a los genios y nos harían puré en un minuto? Son altos como árboles y muy anchos —aseguró.

—Bueno, ¿y si llamamos a algunos de esos genios para que nos ayuden a nosotros? —propuse yo.

—¿Y cómo vas a llamarlos?

—No sé. ¿Cómo hacen los magos?

—Frotan una lámpara vieja de estaño y entonces aparecen los genios. Y estos hacen cualquier cosa que les ordenes, porque pertenecen al que frote la lámpara. Si esa persona les dice que construyan un palacio todo de diamantes, ellos tienen que hacerlo. Y tienen que hacerlo antes de que vuelva a salir el sol.

—Bueno —dije yo—, esos genios me parecen bastante tontos por no quedarse ellos mismos con el palacio, en lugar de dejarse mandar de esa manera. Si yo fuera un genio, ni loco dejaría mis asuntos para atender a un tipo que anda frotando una lámpara vieja.

—¡Qué estás diciendo, Huck Finn! ¿No ves que tendrías que ir cuando frotasen la lámpara, aunque no quieras? No sé para qué hablo, si no te entra nada en la cabeza.

Durante un par de días pensé en lo que había dicho Tom y decidí probar si era verdad. Conseguí una vieja lámpara de estaño y me la llevé al bosque. La froté como loco, mientras calculaba que me construiría un palacio y después iba a venderlo. Pero no vino ningún genio ni nada. Así que resolví que no era más que otra de las mentiras de Tom Sawyer.

